

IGLESIA DE CRISTO REDENTOR
BUENOS AIRES, ARGENTINA
VIDA EN COMUNIDAD

Jonathan Hanegan

*Quien encubre su pecado jamás prospera;
quien lo confiesa y lo deja, halla perdón.*

Proverbios 28:13 NVI

¿Está afligido alguno entre ustedes? Que ore. ¿Está alguno de buen ánimo? Que cante alabanzas. ¿Está enfermo alguno de ustedes? Haga llamar a los ancianos de la iglesia para que oren por él y lo unjan con aceite en el nombre del Señor. La oración de fe sanará al enfermo y el Señor lo levantará. Y, si ha pecado, su pecado se le perdonará. Por eso, confiésense unos a otros sus pecados, y oren unos por otros, para que sean sanados. La oración del justo es poderosa y eficaz. Santiago 5:13-16 NVI

Quedarse a solas con el propio mal es quedarse completamente solo. Y puede ser que, a pesar del culto en común, la oración en común y la comunión en el servicio, haya cristianos que permanezcan solos, sin llegar a formar realmente comunidad. ¿Por qué? Porque si bien están dispuestos a formar parte de una comunidad de creyentes, de gente piadosa, no lo están para formar una comunidad de impíos y pecadores. La comunidad piadosa, en efecto, no permite a nadie ser pecador. Por esta razón, cada uno se ve obligado a ocultar su pecado a sí mismo y a la comunidad. No nos está permitido ser pecadores, y muchos cristianos se horrorizarían si de pronto descubriesen entre ellos un auténtico pecador. Por eso optamos por quedarnos solos con nuestro pecado, a costa de vivir en mentira e hipocresía; porque, aunque nos cueste reconocerlo, somos efectivamente pecadores (p. 105).

¿Para qué confesar nuestro pecado a un/a hermano/a?

¿No basta con confesar el pecado únicamente a Dios?

La confesión hace posible *el acceso a la comunidad*.

El pecado quiere estar a solas con el hombre. Lo separa de la comunidad. Cuanto más solo está el hombre, tanto más destructor es el poder que el pecado ejerce sobre él; tanto más asfixiantes sus redes, tanto más desesperada la soledad. El pecado quiere pasar desapercibido; rehúye la luz. Se encuentra a gusto en la penumbra de las cosas secretas, donde envenena todo el ser. En este sentido, una comunidad simplemente piadosa está lejos de ser invulnerable. En la confesión, en cambio, la luz del evangelio irrumpe en las tinieblas y en el hermetismo del corazón. El pecado es puesto a la luz. Lo callado es revelado, confesado. Todo lo oculto es puesto a la luz del día. La lucha es dura hasta que el pecado sube a la superficie (p. 107).

La confesión combate la auto justificación.

Una vez revelado y confesado, el pecado ha perdido todo su poder. Ha sido reconocido y juzgado. Ya no puede quebrantar más la comunidad. . . . Cuando un creyente se integra en la

comunidad creada por la confesión fraterna, no conocerá más la maldición del aislamiento (p. 108).

La confesión hace posible *el acceso a la cruz*.

La raíz de todo pecado es el orgullo, la *superbia*. Yo quiero vivir para mí solo, tener derecho a disponer de mí mismo, a odiar, a desear, a vivir o a morir a mi gusto. Todo nuestro ser, espíritu y carne, está inflamado de orgullo. La raíz de todo el mal que hay en nosotros es querer ser como Dios. La confesión ante el hermano es una terrible humillación: duele, humilla y abate nuestro orgullo. Presentarse ante el hermano como un pecador produce una vergüenza casi insoportable. Porque en nuestra confesión de culpabilidad sobre pecados concretos, nuestro prójimo puede asistir a la muerte dolorosa de nuestro hombre viejo (p. 109).

¿Cuál es la promesa y la grandeza de semejante humillación?

¿Quién fue el primero en humillarse y sufrir por nuestros pecados?

La confesión nos introduce en la verdadera comunión de la cruz de Jesucristo y nos hace aceptar nuestra propia cruz (*ibid.*).

La confesión hace posible *el acceso a la nueva vida*.

Una vez arrojado, confesado y perdonado el pecado, la ruptura con el pasado está consumada. «Las cosas viejas han pasado». Esta ruptura significa conversión. . . . el cristiano lo abandona todo en la confesión y sigue a su Señor. . . . El acontecimiento de nuestro bautismo vuelve a producirse en la confesión (p. 110).

¿Cómo fue nuestra confesión en el momento de bautizarnos?

¿Cómo se reproduce esta confesión ante un hermano o hermana?

La confesión hace posible *el acceso a la certeza*.

¿Cómo nos ayuda la confesión mutua de nuestros pecados?

Bonhoeffer sugiere que nos confesemos delante algún hermano o hermana para que no nos engañemos a nosotros mismos. Dice que podemos hacer una confesión ligera o superficial delante de Dios realmente esquivar nuestra responsabilidad.

¿Quién nos dará, entonces, la certeza de que la confesión y el perdón de nuestros pecados no ha sido cosa nuestra, sino del Dios vivo? Esta certeza nos la da Dios por medio del hermano que recibe nuestra confesión. Nuestro hermano rompe el círculo de nuestro auto engaño. El que confiesa sus pecados ante el hermano sabe que ya no está a solas consigo mismo; reconoce en la presencia del otro la presencia misma de Dios. Mientras permanezca a solas conmigo mismo, la confesión de mis pecados sigue siendo equívoca. Es en presencia del hermano como mi pecado debe manifestarse a la luz del día (p. 111).

Dios nos concedió la gracia de poder confesarnos unos con otros para que estuviésemos seguros de su perdón (p. 112).

¿Cuál es el valor de confesar pecados concretos y no un pecado más general?

¿Se puede arrojar la luz del evangelio sobre pecados indefinidos, no nombrados?

La ayuda que Dios dispone a nuestra disposición por medio de la confesión fraterna es ofrecida a todos los que, pese a su esfuerzo, no consiguen acceder al gozo de la comunidad, de la cruz, de la vida nueva y de la certeza (p. 113).

Con quién y cómo debe ser la confesión del pecado

Todo cristiano puede convertirse en confesor de sus hermanos (*ibid.*). Sin embargo, el que recibe la confesión de otro cristiano también debe practicar la confesión. Es peligroso estar dispuesto a recibir una confesión sin poner en práctica la confesión.

Para el creyente que vive bajo la cruz de Jesús y que ha reconocido en ella el abismo de impiedad del corazón humano y del propio corazón, ningún pecado puede serle ya extraño; quien se haya horrorizado una sola vez del propio pecado que crucificó a Jesús, ya no puede espantarse ante los pecados de los otros por muy graves que sean. Por medio de la cruz de Jesús ha llegado a conocer el corazón humano. Conoce la inmensidad de su perdición, envenenada por el vicio y la debilidad, y su extravío por caminos malditos, pero sabe también el precio de la gracia y la misericordia que le ha devuelto a Dios, y también que sólo el creyente que permanece bajo la cruz puede recibir mi confesión. . . . No es la experiencia de la vida sino la experiencia de la cruz la que hace al confesor (p. 114).

¿Quién puede, entonces, escuchar nuestra confesión? Aquel que vive bajo la cruz. Allí donde se vive la predicación de la cruz, la confesión fraterna surge por sí misma (p. 115).

Está demás decir que la confesión debe guardarse en secreto porque Dios ya dio su perdón.

No se debería convertir la confesión del pecado en una obra piadosa.

La confesión prepara el pueblo de Dios para participar en la eucaristía (Santa Cena).

La vida comunitaria de los cristianos bajo la autoridad de la palabra de Dios ha encontrado en el sacramento (la eucaristía) su plenitud.

¿Te atreves a exponerte en la confesión para realmente formar parte de la comunidad?

¿Vale la pena luchar para salir del aislamiento para ser parte del cuerpo de Cristo?

La comunidad la hacemos todo. ¿Qué estás haciendo vos para la comunidad?

Fuente:

Dietrich Bonhoeffer. (2005). *Vida en comunidad*. Salamanca: Ediciones Sígueme.